

# Pino Suárez y la política

Ignacio Solares

*A ciento cuarenta años de su nacimiento, José María Pino Suárez es, en la ambivalencia de su vocación política y literaria, uno más de los heroicos personajes atrapados en los engranajes de la historia. ¿Para qué la política? Ignacio Solares reconstruye en esta breve ficción su asesinato al lado del presidente Madero.*

Durante su prisión en la intendencia de Palacio Nacional —al lado de Francisco I. Madero y Felipe Ángeles—, José María Pino Suárez escribió una carta a su amigo y paisano Serapio Rendón. El embajador cubano, Márquez Sterling, ofreció entregársela en propia mano:

“Dispensa que te escriba con lápiz, pero no he logrado que nuestros carceleros me proporcionen una pluma. Como sabes, hemos sido obligados a renunciar a nuestros respectivos cargos de presidente y vicepresidente de la República, pero no por eso están a salvo nuestras vidas. Creo que peligran aun más que antes. Nunca estuve de acuerdo en esas renunciaciones precipitadas, pero el presidente Madero insistió. Me parecía un verdadero acto suicida. Yo sugería presentarlas, sí, pero al tiempo en que estuviéramos ya embarcando en Veracruz rumbo al exilio. Y aún ahí, por lo menos dejar constancia de que nos forzaron a firmarlas. Porque una vez que hemos renunciado a nuestros cargos, somos ciudadanos comunes y Huerta puede hacer con nosotros lo que le venga en gana, ¿no te parece? Por eso, yo no soy tan optimista como el presidente Madero respecto a que Huerta cumplirá su palabra de respetar nuestras vidas. ¿Por qué ese afán de confiar en alguien como Huerta? Temo lo peor, y en caso de que suceda, te ruego que hables con María, mi esposa, sobre las circunstancias trágicas de mi muerte. Se lo he escrito veladamente para no angustiarla, pero creo que hará falta que alguien

hable personalmente con ella apenas esté yo ausente de este mundo. La pobre quedará sola, con apenas unos cuantos pesos ahorrados, y seis hijos a los cuales criar y educar. ¿Sabes lo peor, mi querido Serapio, lo que más me duele de esta situación? Que por consejo de ella, precisamente el día en que fuimos arrestados, por la mañana le había yo presentado mi renuncia al presidente Madero y él, por fin, la había aceptado cuando le expliqué que lo hacía por mi familia y nada más que por mi familia. Lo entendió y hasta me deseó suerte en la nueva actividad que fuera a emprender, que estaría totalmente alejada de la política, por supuesto, le dije. A mí, no tengo duda, la política me endilgó un sueño que en realidad era una pesadilla”.

En efecto, durante los días en que estuvo preso en la intendencia de Palacio al lado de Madero y Ángeles, las palabras de Pino Suárez insistieron en su rechazo a cualquier actividad política y que quien correría la peor suerte de los tres era él. Al embajador cubano, Márquez Sterling, le dijo:

—¿Qué he hecho yo para que quieran matarme, señor embajador? Créame usted que sólo he deseado hacer el bien, respetar la vida y el sentir de los ciudadanos, cumplir con las leyes y exaltar la democracia. Pero la política sólo me ha proporcionado dolores y decepciones y un hondo sentimiento de frustración. Ni siquiera tengo la vocación de martirio del presidente Made-

ro y del general Ángeles. No sabía yo en la que me metía cuando acepté el puesto de vicepresidente. La política, al uso, es sólo odio, intriga, falsedad, lucro. Hoy lo veo con claridad y les doy la razón a quienes me pedían que me alejara de ella. ¿No es cierto que el mejor medio de gobernar a los pueblos de nuestra raza lo da el ánimo perverso de quienes los explotan y oprimen?

A Felipe Ángeles le dijo estas palabras proféticas:

—A usted no se atreverán a tocarlo, general, por su rango militar. En cuanto al presidente Madero y yo, ¿no le parecemos como en capilla? Como que el odio prevalecerá por sobre la reconciliación y espíritu democrático, en los que tanto ha creído el presidente Madero.

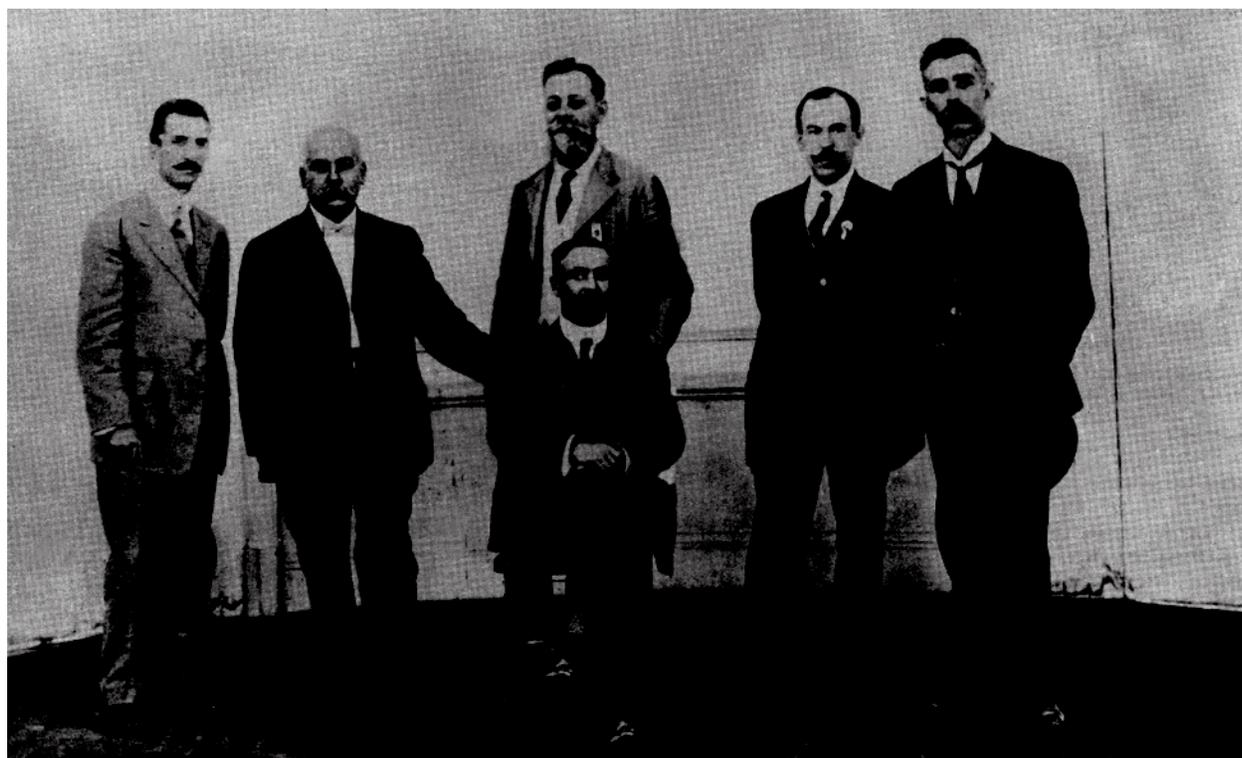
Con Madero insistió sobre el odio:

—Es extraño, este puesto, la vicepresidencia, el puesto por el que estoy aquí. El puesto para el cual me eligió entre tantos, y por el que tantos otros se pelearon; que le causó los más graves conflictos a partir de que fue usted presidente; el que consideraba de mayor importancia dentro de su gabinete; ese puesto es el más ingrato que puedo imaginar y hoy no volvería a aceptarlo de ninguna manera. Hoy me alejaría como de la peste de todo lo que olierá a política... Me persiguen y me perseguirán los mismos odios que a usted, señor presidente, sin la compensación de sus honores y su gloria, que se acrecentarían si lo mataran. Por eso mi suerte tiene que ser más triste y amarga que la suya.

En la pieza había sillones de piel oscura, una pequeña mesa de mármol, un gran espejo que presidía —y parecía eternizar— cuanto ahí sucedía, y los tres camastros en donde dormían los cautivos. Una de las puertas

daba a un depósito de trastos, sin ventilación, que servía de comedor, y la otra, al lado de una ventana, con un centinela inmovible afuera, como de piedra y una bayoneta que atrapaba los rayos del sol, se abría al patio de Palacio, con grupos de soldados conversando, adormilados, sentados en el suelo, sacando brillo a los botones, aceitando los rifles, boleando las botas, remendando las mantas o inclinados apertentes sobre una olla de barro que se mecía sobre unos palos cruzados, mientras las mujeres, enrebozadas, aplaudían frente a los fogones con la masa de maíz.

Mientras miraba ese patio —con un rostro que parecía derrumbársele sobre la palma de las manos—, Pino Suárez pensaba en la futilidad del poder humano y sus avatares, en tanta sangre inútil derramada. ¿Cuánto tiempo hacía que en ese patio se escucharon los gritos jubilosos de ¡Viva Madero, abajo la dictadura!? ¡Viva el partido antirreeleccionista! Gritos que para Pino Suárez, en aquel momento, se entreveraban sin remedio con los otros: ¡Viva Porfirio Díaz! ¡Viva la revolución de Tuxtepec! O aún un poco antes —apenas un parpadeo—: ¡Viva el batallón de supremos poderes! ¡Viva la república! ¡Viva Benito Juárez! O: ¡Que viva el emperador! ¡Que vivan México y Francia! O: ¡Que viva el padre de la república! ¡Que viva el general Santa Anna! O: ¡Que viva el ejército de las tres garantías! ¡Muera el congreso! ¡Viva Agustín Primero! Presintió Pino Suárez que al cruzar por primera vez el patio central de Palacio que por ahí lo llevarían para conducirlo a la muerte? ¿Sabía que ese patio, simbólicamente, a fines de 1700, lo convirtieron los comerciantes de la Plaza Mayor en



Francisco I. Madero y su primer gabinete revolucionario en Ciudad Juárez: José María Pino Suárez, Francisco Vázquez Gómez, Venustiano Carranza, Federico González Garza y Manuel Bonilla

“infame burdel” y en la “madriguera de jugadores y borrachos”, según noticias de la época?

“La política, al uso, es sólo odio, intriga, falsedad, lucro”.

¿Recordó, sin embargo, alguno de sus versos juveniles, como aquel que tituló *Alma de lucha*, que en su momento consideró uno de sus predilectos?

Combatir contra todos los tiranos  
y contra toda imposición injusta;  
defender la Verdad santa y augusta  
y de la Patria sus fueros soberanos.

Sólo a hombres libres extender la mano;  
a los serviles, descargar la fusta  
de nuestra frase señorial y adusta  
con valor y civismo catonianos.

Contra el Error y la Injusticia alertas,  
montar la guardia austera y formidable  
del Honor y el Deber ante las puertas.

Y en el suplicio siempre inacabable  
de Tántalo infeliz, dejar abiertas  
nuestras alas que van a lo insondable.

¿Y aquel poema que le dedicó a don Porfirio y que, según decía, lo motivó a participar en la lucha antirreleccionista?

Vilipendiaste de la Patria el nombre  
y Padre de la Patria te proclamas.  
Hollaste la República y te llamas  
héroe y Caudillo de inmortal renombre.

No hay proditorio crimen que te asombre  
si al Poder en sus hombros te encaramas.  
Y cuando el nombre de justicia infamas  
te das de justiciero el sobrenombre.  
Y todo gime a tu Poder opreso  
y cede ante tu afán homicida.  
Más de tu oprobio y baldón el peso

morir no puede el pensamiento humano  
que al firmar tu registro de partida  
con tinta roja escribirá: ¡Tirano!

¿Y recordó Pino Suárez cuando se afilió, con todo el entusiasmo de que era capaz, al Partido Nacional Antirreleccionista y cuando participó en la campaña de Francisco I. Madero en Tabasco y Yucatán? “Cuenta usted con mi vida y trabajo de día y de noche, señor Madero”, le dijo. ¿Y recordó que a fines de 1910 viajó subrepticamente a Guatemala a comprar armas para la causa revolucionaria, y que participó muy activamente



Francisco I. Madero y José María Pino Suárez

en las negociaciones que concluyeron con la firma de los Tratados de Ciudad Juárez? ¿Y que fue gobernador de Yucatán y abandonó el puesto luego de que el Partido Constitucional Progresista lo hizo su candidato para la vicepresidencia de la República?

“Qué he hecho yo para que quieran matarme, señor embajador? Créame usted que sólo he deseado hacer el bien, respetar la vida y el sentir de los ciudadanos, cumplir con las leyes y exaltar la democracia. Pero la política sólo me ha proporcionado dolores y decepciones y un hondo sentimiento de frustración”.

Por eso ya casi no se sorprendió la noche que fueron por ellos a la intendencia el mayor Cárdenas, el cabo Pimienta y un piquete de soldados armados con carabinas.

Pimienta llevaba una linterna y la dirigió —como el resplandor de un disparo, como si los matara ya— a cada uno de ellos, mientras los nombraba.

—Éste es el señor Madero; éste es el licenciado Pino Suárez y este otro el general Felipe Ángeles.

A Pino Suárez la luz no lograba despertarlo del todo y parecía llevarlo de un sueño al otro, con las siluetas del grupo delineándose dentro de una atmósfera que era más bien una materia untuosa en donde las cosas flotaban, temblorosas. Puso una mano enfrente en señal de alto y entrecerró los ojos para detener la luz, lo inminente, el otro sueño.

“A mí, no tengo duda, la política me endilgó un sueño que en realidad era una pesadilla”.

¿Y no fue el propio Madero quien le endilgó ese sueño?

—¿Qué sucede? —preguntó Madero.

—Tengo órdenes de entregarlos a ustedes a sus custodios —informó el mayor Cárdenas, con sequedad.

Alguien encendió el foco pelón que pendía del techo, y que abría de cuajo lo que iluminaba.

—¿Adónde nos van a llevar? —insistió Madero mientras tomaba la ropa que tenía a un lado, colgada cuidadosamente en una silla: la camisa dura, el jacquet, el pantalón claro a rayas.

—A la penitenciaría. Allá estarán más seguros —agregó el mayor Cárdenas, quien llevaba un traje negro de charro, inaudito en aquellos momentos, y tenía toda la facha de ser quien los ejecutaría.

Se vistieron con premura y en silencio.

—Usted no va, general Ángeles —le dijo el mayor Cárdenas al salir.

Ángeles los miró desconcertado. ¿Hubiera preferido ir? Por su expresión, podría haberse asegurado.

Madero y Ángeles se dieron la mano.

—Adiós, general.

—Adiós, señor presidente.

Pino Suárez, que ya estaba en la puerta, hizo una seña de despedida.

—General, hasta luego.

“A usted no se atreverán a tocarlo, general, por su rango militar”.

—Hasta luego, licenciado —respondió Ángeles, encogiéndose bajo el chorro de la luz del foco pelón, dentro de su capote militar, quizá pesándole ya la soledad.

El mayor Cárdenas les lanzaba unas miradas de cuchillo y se mostraba crecientemente nervioso. Le tomó un brazo a Madero con una fuerza innecesaria.

—Vamos, vamos, tenemos prisa, señores.

Iban en silencio en el Packard gris, el mayor Cárdenas al volante y el cabo Pimienta a un lado. Atrás, Madero y Pino Suárez. Fueron por la calle de Moneda, por la del Rélox, por la de Cocheras, por la de Lecumberri, hasta los llanos de San Lázaro.

El Packard se detuvo en la parte de atrás de la Penitenciaría, suficientemente iluminada.

—¿Por qué aquí si no hay puerta? ¿Quién les ha dado la orden absurda de traernos aquí? —preguntó Madero, replegándose en el asiento.

—Tenemos que bajar —dijo el mayor Cárdenas mientras abría la portezuela.

—¿Qué es lo que pretenden hacer con nosotros? —preguntó Pino Suárez.

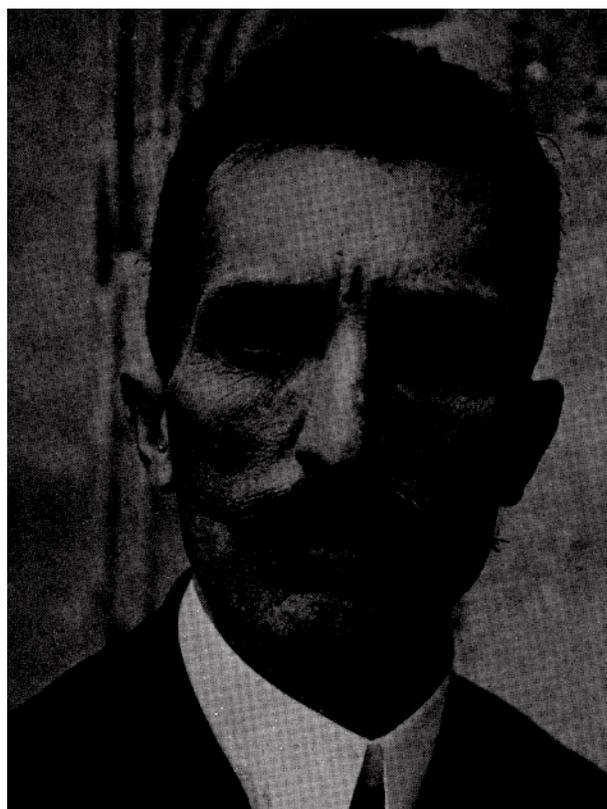
“En cuanto al presidente Madero y yo, ¿no le parecemos como en capilla, general Ángeles?”.

—¡Bájense de una buena vez, carajo! —gritó el mayor Cárdenas, con una voz que parecía refundir el odio que manifestaban su mirada y sus movimientos. Obligó a bajar a Madero, jalándolo de la manga del saco.

En el momento en que Pino Suárez bajaba del auto vio —como iluminado por un relámpago— el cuerpo de Madero cimbrarse y enseguida caer tras el disparo que le propinó en la cabeza el mayor Cárdenas. Entonces gritó: ¡asesinos!, y empujó al cabo Pimienta con fuerza, haciéndolo trastabillar, y corrió hacia el des poblado, hacia la noche cuajada, impasible, desprendiéndose de las luces en lo alto de las paredes de la penitenciaría. Volvió a gritar: ¡asesinos! Pero en realidad no se alejó demasiado porque uno de los disparos del cabo Pimienta le dio en una pierna. El propio Pimienta fue hacia él y le dio el tiro de gracia, al tiempo que decía:

—Ya cálese de una buena vez, cabrón.

Pino Suárez no había dejado de gritar: ¡asesinos!, pero, quizá, sin referirse únicamente a quienes les habían disparado a Madero y a él, sino englobando a cuantos lo habían encerrado en aquella pesadilla. Igual pudo haber gritado ahí, desgajado sobre la tierra desolada del llano, con una mano en la herida borboteante de la pierna, y mientras veía a su verdugo acercarse, ocupar la noche entera: “La política sólo me ha proporcionado dolores y decepciones y un hondo sentimiento de frustración. Ni siquiera tengo la vocación de martirio del presidente Madero y del general Ángeles. No sabía yo en la que me metía cuando acepté el puesto de vicepresidente. La política, al uso, es sólo odio, intriga, falsedad, lucro. Hoy lo veo con claridad y les doy la razón a quienes me pedían que me alejara de ella”. ■



José María Pino Suárez

Del libro *Ficciones de la Revolución Mexicana* de próxima publicación en Editorial Alfaguara.